

15 de Julio 1923

No. 8 ★ Epoca I



Quincenario publicado por los maestros de Heredia
PARA LOS NIÑOS DE COSTA RICA

⇒ Precio 10 Cénts. ◀

Imprenta y Librería Tormo - San José

PRECIOS DE SUSCRICION

Un mes. ₡ 0.20 Este año ₡ 1.60

Pago anticipado

Número suelto 10 céntimos

Directores:

Lilia González = Carmen Lira
Joaquín García Monge

La correspondencia dirijase a la Inspección Provincial
de Escuelas de Heredia. Remberto Briceño Apartado 3

Tesorero de la Revista: don Rafael Martínez,
Director de la Escuela de San Pablo de Heredia

San Selerin se complace en dar las gracias
a las personas que han tenido a bien ayudarle.

OBSEQUIOS

Flora Sáenz Collado ₡ 5.00

Flora Eduarte » 2.00 mensuales

Junta de Educación de Heredia . » 10.00 mensuales

Se pueden servir colecciones de San Selerin pero
su valor será de ₡ 2.00, pago anticipado.

15 de Julio
de 1923



Número 8
Epoca II



PERIODICO PARA LOS NIÑOS

LOS CABALLOS INVISIBLES DE MARCONI

EL MARAVILLOSO SUEÑO DE UN
MUCHACHO CONVERTIDO EN REALIDAD

No hace muchos años un muchacho delgado, de ojos azules, de diecinueve años de edad, estaba sentado en un taller en Italia, leía en un periódico un artículo sobre electricidad. Allí se relataba el maravilloso descubrimiento de un profesor alemán que acababa de morir.

El muchacho había oído hablar algunos años antes acerca de dicho descubrimiento, pero no fué sino cuando estaba leyendo el periódico que se sintió interesado en él. De pronto tuvo una inesperada y maravillosa inspiración. Puso a un lado el diario y comenzó a soñar en cambiar el

mundo por medio del descubrimiento del joven profesor. Soñaba en extraordinarias líneas invisibles de fuerza eléctrica cubriendo la tierra, tendiéndose de continente a continente, cruzando los océanos tempetuosos, volando sobre la vasta soledad de las arenas movedizas del desierto y enlazando las naciones. Todas las aldeas, villas y ciudades formaban como una selva. Una vara larga salía del techo de cada casa, y mensajes enviados por la fuerza invisible bajaban por la vara y ponían a trabajar ciertos instrumentos. No habría necesidad, por ejemplo—de periódicos, pues las noticias se enviarían de una oficina y entrarían a las casas por la vara larga o antena, sin necesidad de alambres. Y los barcos tendrían también su antena y podrían comunicarse unos con otros en el mar y también con las poblaciones. Se evitarían los desastres en los naufragios, pues un buque en peligro podría pedir socorro y los que estuvieran cerca vendrían en su auxilio.

Esto ocurría en el año 1894. El muchacho que soñaba en la aplicación de las ondas eléctricas—sueño tan hermoso y que parecía imposible, se llamaba Guillermo Marconi. Aunque era tan joven había estudiado ya Química, Electricidad e Ingeniería desde la edad de catorce años. Y era tan erudito en tales materias como lo eran hombres de ciencia ya viejos.

El padre de Guillermo Marconi era un hombre



EL SUEÑO DE MARCONI

acomodado que vivía en Bolonia. Su madre era irlandesa y ambos buenos músicos. Querían dedicar a su hijo a este arte también, pero el muchacho amaba más sus máquinas, sus baterías eléctricas y sus alambres, que las sonatas, minuetos y canciones, lo cual desesperaba a su padre. Dichosamente la madre comprendió el anhelo de su hijo y fue siempre su mejor amiga y le proporcionó todo el dinero que necesitaba para sus investigaciones.

Por muchos años los sabios más eminentes habían trabajado por descubrir las ondas eléctricas. Un famoso profesor inglés James Clerk-Maxwell encontró en el año 1865 que las ondas eléctricas existían y probó que la luz y el calor están formados por ondas de electricidad como las corrientes eléctricas. Pero eran tan pequeñas que no era posible determinarlas. En 1888 Enrique Hertz un joven profesor alemán hizo un experimento muy sencillo: colocó en una mesa una máquina eléctrica que producía chispas eléctricas cuando se hacía pasar por ella una corriente eléctrica. Luego iba a unas tres yardas de la mesa y sostenía en la mano un anillo de latón partido en el centro, con dos botones también de latón en las extremidades que resultaban. Encontró que siempre que se producía una chispa en la máquina eléctrica, aparecía una chispita en los botones del anillo.

Sabemos que si se arroja una piedra en un estanque, se producen oleadas que se van extendien-



do en círculos cada vez más grandes hasta el borde del agua. Si un corcho está flotando en el estanque se le verá moverse de acá para allá cuando estas oleadas pasan bajo él. En este caso nuestro corcho es un «indicador» porque nos indica cada vez que la más pequeña oleada se desliza en el agua.

El anillo partido le sirvió a Hertz de «indicador» de las ondas eléctricas que se producían en el cuarto, cada vez que la corriente pasaba por la máquina.

Después de tal descubrimiento, Hertz abandonó todo otro trabajo y se dedicó por entero a la observación de las ondas eléctricas. Inventó el medio de medirlas y descubrió que eran mucho más grandes de lo que se había supuesto. Algunas tenían solo unas cuantas pulgadas de largo, pero las producidas por grandes máquinas tenían millas de longitud. Y lo más maravilloso era que estas ondas eléctricas pasaban a través de paredes de madera o ladrillo. Podrían ir a través de una casa sin que nadie las percibiera y sin embargo al otro extremo de ella se producía la chispita en el indicador.

(Continuará)



En la Escuela de la niña Hipo

Ese había sido un año muy bueno para la cosecha de manzanas.

—Ya es tiempo de cogerlas, ya están maduras—dijo una mañana a sus discípulos la niña Hipo.



—Nosotros las cogeremos—gritó con alegría Toñillo Tigre.

—¡Ah! sí ¡Cómo no! Ya me parece... se comen dos y apean una. Ya le hablé a tío Zorro para que venga a cogerlas. Deveras, tío Zorro vino el mismo día. Trajo una escalera

y un montón de sacos y al punto se puso a trabajar.

Los chiquillos vinieron a asomarse a ver si podían cachar algo y se van encontrando también con tío Zorrillo el hijo menor de tío Zorro

—¡Miren allá! ¡exclamó Quico Loro—si trajo también alipego. ¡Así quien no! Y ese lambusillo se va a lucir con nuestras manzanas.



Todos fueron a espiar por la cerca.

—¡Is! ¡mírenlo mientras no lo ve el tata le pega mordiscos a las más coloraditas! —dijo Chale Ternero.

—Sí, sí, agregó Panchillo Oso. Eso sí que es lograr a mama sentada.

Y a todos hasta que se les chorreaba la baba.

A tío Zorrillo lo menos que le pasaba por la cabeza era que lo estaban atisbando y cuando tío Zorro fué a la casa a dejar unos sacos llenos de manzanas, se puso a llenar uno para él y corrió a esconderlo detrás de un árbol.

—Seguro que el angurriento va a venir por el saco enseguida, así que calcula que nadie lo ve—dijo Moncho Chanchillo.

—Vamos y lo cogemos y lo echamos en la acequia para que aprenda a no ser tan gorrón—propuso Goyo Mico.

A Toñillo Tigre se le ocurrió una idea:

—No, no, miren: le vamos a dar una charrada que no se va a quedar riendo.



Y como ya tío Zorro y el hijillo se habían ido, él cogió el saco y vació las manzanas.



—Pronto, muchachos, vayan a esconderlas, pero es ya.

Ellos les obedecieron.

Luego Toñillo Tigre se metió en el saco.

—Amárrenme y déjenme detrás del palo, como si tal cosa.

—¡Qué gozada!—decía Melico Jirafa.

Deveras, así que se metió Toñillo Tigre entre el saco, los otros lo amarraron, le abrieron un hueco para que el otro pudiera respirar y Juancho Elefante lo llevó con la trompa detrás del árbol. Luego se escondieron del otro lado de la cerca para estar a la mira.

Al ratito sintieron a Tío Zorrillo que venía en un brinco de la contentera. Cuando se quiso



echar el saco al hombro no pudo de pesado que estaba.

—¡Demontres para pesar!

—¿Qué talones?—exclamó alguien dentro del saco. Y al punto salió de él Toñillo Tigre haciendo: ¡Uh! ¡uh! ¡uh!

Tío Zorrillo se quedó como muerto del susto,



pero cuando vió asomarse por la cerca todas aquellas cabezas y oyó las carcajadas, salió que se quebraba.

Todos se quedaron gritándole:

—¡Te amolaste! ¡Te amolaste! ¡Ajá!

¡Con que un saquito de manzanas!

¡No era más!



TEATRO INFANTIL



Los recuerdos

DIALOGO: ABUELITA Y NIETA

PARA LOS NIÑOS DE MI BUEN AMIGO DON REMBERTO BRICEÑO

- NIETA. ¿Por qué tienes la cabeza
abuela, tan abatida?
- ABUELA. ¡Porque pesa como un monte
sobre mi frente, la vida!
- NIETA. La vida es dulce y amena.
- ABUELA. La vida es grave y compleja.
- NIETA. Para una niña es almíbar...
- ABUELA. ¡Y ajeno para una vieja!
- NIETA. ¿Y por qué tienes, abuela,
los ojos como entornados?
- ABUELA. Porque miran hacia adentro
los buenos tiempos pasados.
- NIETA. El presente es un ensueño
que debemos festejar.
- ABUELA. Y el pasado es relicario
que debemos conservar.
- NIETA. Dime, abuela, los recuerdos
en la mente quedan fijos?



- ABUELA. Los recuerdos, niña mía,
de la mente, son los hijos.
- NIETA. ¿Es por eso que los amas?
- ABUELA. Sí, por eso los adoro:
son mi vida, mi alegría
mi fortuna, mi tesoro;
ellos me hablan de otros tiempos,
de otras gentes y otras cosas;
en el huerto silencioso
de mi vida, son las rosas
más fragantes y sencillas
que amortiguan mis dolores:
¡blancas rosas del cariño,
silenciosas, lindas flores!
- NIETA. ¿Los recuerdos con los años
no se borran por fortuna?
- ABUELA. Al contrario se abrillantan,
tal los cielos con la luna!
En el frío desamparo
de los años y pesares
los recuerdos son banderas
que aun en medio de los mares,
nos reviven otras tierras,
otros tiempos y otros seres
con los cuales compartimos
nuestras penas y placeres.
- NIETA. ¡Yo bendigo tus recuerdos!
- ABUELA. ¡Y tus gracias yo bendigo!
- NIETA. ¡Qué feliz sería yo siempre
si estuviera así contigo! (*La abraza.*)

TELON

Abril de 1923.

J. J. Salas Pérez



LA RANA ENCANTADA

En aquellos tiempos, por desgracia pasados, en que todo deseo se cumplía, vivía un rey cuyas hijas eran todas muy hermosas, pero la menor lo era de modo que el mismo sol, que tanto bueno ha visto, se asombraba cada vez que iluminaba su rostro

Cerca del castillo real había un bosque grande y sombrío, y en éste, bajo un viejo tilo, un pozo.

Cuando hacía mucho calor, iba la hija del rey al bosque y se sentaba a la orilla del pozo, y si quería divertirse, cogía una bola de oro, la tiraba a lo alto y volvía a cogerla. Era el juego que más la distraía.

Sucedió una vez que, al tirar en alto la bola de oro, no cayó en sus manos, sino al suelo y de allí rodó al agua.

Siguióla la princesa con los ojos, pero la bola desapareció, y el pozo era tan hondo, que no había esperanza de recobrarla.

Entonces comenzó a llorar sin consuelo.

En esto oyó una voz que decía:

—¿Qué tienes hija del rey, que lloras de un modo capaz de enternecer a una piedra?

Miró en derredor para ver de dónde salía la voz, y vió una rana que sacaba del agua su asquerosa cabeza.

—¡Ah! ¿Eres tú, vieja rana?—le dijo.—Lloro por mi bola de oro, que se me ha caído en el pozo.

—Cállate—contestó la rana:—yo puedo ayudarte, pero, ¿qué me das si te saco tu juguete?

—Lo que quieras, querida rana—le dijo:—mis vestidos, mis perlas y piedras preciosas, hasta la corona de oro que llevo puesta, te la daré con gusto.

La rana contestó:

—No quiero tus vestidos, ni tus perlas, ni tus piedras preciosas, ni tu corona de oro; pero si quieres tenerme contigo como amiga y compañera en tus juegos, sentarme a tu mesa, darme de comer en tu plato de oro, de beber en tu copa y acostarme en tu lecho, bajaré al pozo y te subiré la bola de oro.

—¡Ah!—dijo ella.—Te prometo todo lo que quieras. con tal que me devuelvas la bola.

Pero pensaba:



—¡Qué cosas pide esa infeliz rana! Puede cantar en el agua entre sus iguales, pero no puede ser compañera de ningún ser humano.

La rana cuando se le prometió lo que pedía, undió la cabeza en el agua, bajó al fondo del pozo, y poco después apareció de nuevo llevando en la boca la bola de oro y la arrojó en la hierba.

La hija del rey, llena de alegría cuando vió su hermoso juguete, lo cogió y echó a correr con él saltando.

—¡Espérate, espérate!—le gritó la rana.—¡Llévame contigo; yo no puedo correr tanto como tú!

Pero de nada le sirvió gritar, porque la princesa no le hacía caso: corría a su casa, y muy pronto olvidó a la pobre rana, la cual tuvo que volverse a su vivienda.

Al día siguiente, cuando estaba sentada a la mesa con el rey su padre y los cortesanos, y al comer en su plato de oro, oyó subir una cosa por la escalera de mármol del Palacio. El que llegaba llamó a la puerta y exclamó:

—¡Hija menor del rey, ábreme!

Se levantó la princesa y quiso ver quien llamaba; pero al abrir vió a la rana. Cerró la puerta corriendo y se sentó de nuevo a la mesa con mucho miedo.

Notando el rey la agitación de su hija, le dijo:

—Hija mía, ¿qué tienes? ¿Hay en la puerta algún gigante que venga por tí?

—¿Ah, no!—contestó.—No es ningún gigante; es una rana muy fea.

—¿Qué quiere de ti la rana?

—¡Ay, amado padre! Cuando estaba ayer jugando en el bosque junto al pozo, se me cayó al agua mi bola de oro. Como lloraba, la rana me la subió, des-



pués de haberme exigido que le ofreciese ser su compañera; pero nunca creí que pudiera alejarse del agua. Ahora ha salido y quiere entrar en Palacio.

Entre tanto llamaba por segunda vez la rana, diciendo:

—¡Hija menor del rey, ábremel! ¿No sabes lo que me dijiste ayer junto al pozo? ¡Hija menor del rey, ábremel!

Entonces dijo el rey:

—Lo que has prometido debes cumplirlo: vé y abre.

Fué y abrió la puerta y entró la rana, que acompañó a la niña hasta llegar a su silla. Se sentó en el suelo y dijo:

—¡Levántame!

La niña vaciló, hasta que se lo mandó el rey. La rana saltó de la silla a la mesa y dijo:

—Ahora acércame a tu plato de oro para que comamos juntas.

Hízolo en seguida, pero se conocía que a disgusto.

La rana comió mucho, pero la niña no podía pasar bocado.

Al fin dijo la rana.

—Estoy harta y fatigada: llévame a tu alcoba y prepara tu cama de seda para que durmamos.

La hija del rey comenzó a llorar: tenía miedo de la rana, que quería dormir en su hermoso y limpio lecho. Pero el rey se incomodó y dijo:

—No debes despreciar a la que te ayudó cuando la necesitabas.

Entonces la cogió con dos dedos, la llevó y la puso en un rincón.

En cuanto estuvo la niña acostada en la cama, se acercó la rana saltando y le dijo:

—Estoy cansada. Quiero dormir tan cómodamente

como tú: súbeme a la cama, o se lo digo a tu padre.

La princesa se incomodó mucho; cogió a la rana y la tiró contra la pared con todas sus fuerzas diciendo:

—¡Ahora descansarás, rana asquerosa!

Pero cuando cayó al suelo, la rana se convirtió en un príncipe, que fué desde entonces, por la voluntad de su padre, su querido compañero y esposo, y le contó que había sido encantado por una mala hechicera, que nadie podía sacarle del pozo sino ella, y que al día siguiente se marcharían a su país juntos.

Muy de mañana los esperaba una magnífica carroza tirada por ocho caballos blancos que llevaban hermosas plumas en la cabeza y tenían por riendas cadenas de oro; detrás iba el fiel criado del joven príncipe, llamado Enrique.

Este se había afligido tanto cuando su señor fué convertido en rana, que se había puesto tres barras de hierro encima del corazón para que no se le saltase con el dolor y la pena.

Ya instalados en el soberbio coche del joven príncipe, el fiel Enrique se colocó detrás de los esposos, e iba lleno de alegría por la salvación de su amo. Cuando hubieron andado algunas leguas, oyó el hijo del rey una cosa que asomaba detrás de él, como si se rompiera algo.

Entonces se volvió y dijo:

—Enrique ¿se ha roto el coche?

—No, señor; no se ha roto el coche, sino una barra de las que puse sobre mi corazón cuando estuvisteis en el pozo, convertido en rana.

Dos veces más se oyó el mismo ruido.

El hijo del rey creía siempre que se rompía el coche, y eran las barras que se quebraban sobre el corazón del fiel Enrique, porque su señor era feliz.

LA HISTORIA DE PETER PAN

IMAGINADA POR SIR J. M. BARRIE

(Continuación)

La huida de los niños

Peter Pan contó a Wendy que él tenía que capitanear a los Niños Perdidos cuando iban a pelear contra los piratas y los lobos.



Contó también lo que gozaban bañándose en el lago en donde lindas sirenas cantaban y se consumían todo el día.

—Yo tengo que volver ahora—continuó—

los otros chiquitos deben estar ansiosos por oír el fin del cuento del Príncipe y de la zapatilla de cristal. Les conté lo que sabía y desean mucho escuchar el final.

Wendy le pidió que se quedara.—Te contaré cuentos a montones—todos los que quieras, con tal que te quedes.

—Vente Wendy—exclamó Peter Pan. Se le había ocurrido una idea.—Vente conmigo, nos contarás cuentos, nos zurcirás las medias y nos arroparás bien por la noche. A ninguno de nos-

otros nos han arropado nunca. Todos echamos de menos una madrecita. Oh !Wendy, ven. Wendy deseaba ir, pero un pensamiento vino a su cabeza.

—No puedo Peter. Piensa en mamá. Además yo no puedo volar.

—Te enseñaré Wendy.

Esto fué para ella una gran tentación.

Peter, ¿enseñarás también a Juan y a Miguel?

—Si tu lo quieres.

Entonces Wendy despertó a Juan y a Miguel. Cuando oyeron que había piratas en la de Tierra



Nunca - Nunca
Nunca pidieron
ser llevados al
punto.

Miraron a
Peter volar por

el cuarto y trataron de imitarlo. Extendieron sus brazos como los pichoncitos las alas y lo sacudieron por todo el cuarto.

Así no lo conseguireis jamás. Debe soplar sobre vosotros el polvo mágico. Así. Ahora moved los brazos como yo.

Ensayaron y encontraron que podían volar tan bien como el mismo Peter.

—Capitanilla, guianos—propuso Peter y el hada se lanzó fuera como una estrellita errante.

(Continuará)